

es dado contemplar al Padre, adorarle y amarle, pudiendo alzar nuestra oración de apóstoles en estos elocuentes términos: «¡Padre Eterno! ¡por medio del Corazón de vuestro Hijo, mi Jesús, mi vida, mi verdad y mi camino<sup>1</sup>, llego á vuestra Majestad: por este divino Corazón os rindo adoraciones dignas de vuestra soberana grandeza; por él elevo hasta vuestro trono mis pobres oraciones y por él me otorgaréis cuanto os pido! ¡Padre Eterno! ¡por el Corazón de Jesús, misericordia!»

## II.

10. Grato es admirar un espectáculo de imponderable belleza, como es el mar de excelencias del divino Corazón; pero de buen grado reconoceréis conmigo, amadísimos oyentes, que más dulce que la extática admiración es el arrobamiento del amor. Y el Corazón amabilísimo de Jesús es de derecho el centro de todos los afectos de nuestro corazón. ¡Ay! ¿por qué no amamos á Jesús? ¿por qué no dejamos nuestro corazón volar al suyo, como la llama vuela al foco luminoso de donde se desprendió? *Iesum omnes agnoscite!* nos dice con vehemencia nuestra Madre la Iglesia: *Iesum. ardentem querite, querendo inardescite*<sup>2</sup>: ¡Buscad á Jesús, abrazaos, hijos míos, en su amor! Porque el Corazón del Salvador no es sólo belleza en sí mismo, es aun más para nosotros, centro de atracción. El sol es para nuestros ojos un objeto simplemente bello, contemplámoslo sin sentirnos atraídos á él: para los planetas es imán que los encadena á su carro luminoso haciéndolos girar eternamente en derredor de sí. La fuerza de atracción,

<sup>1</sup> Io. 14, 6.<sup>2</sup> Eccl. in festo SS. Nom. Iesu.

hermanos míos, en el mundo de los seres libres, no es otra que el amor: ¿quién puede sustraerse á su ley dulcemente tiránica? *Trahitur animus et amore*, dice el ardiente San Agustín<sup>1</sup>: También el alma siente su atracción, la del amor. *Da amantem, et sentit quod dico...* *Si autem frigido loquor, nescit quid loquor*<sup>2</sup>. Sábelo el que sabe amar, nada de esto comprende el corazón helado por el egoísmo. La pasión vulgar, el apetito de terrenos goces, no es amor, hermanos míos, en el legítimo sentido de esta palabra, porque éste es un noble y generoso sentimiento del espíritu, y aquélla no es más que la fiebre, el fuego morbosos del corazón carnal. Corre el fuego por las venas, inflámase el sentido, pero el corazón está frío, el espíritu está muerto. El amor es un movimiento reflexivo, es el eco de otro amor. ¿Cómo queréis que no me incline hacia donde me llama la voz del amor? ¿Cómo queréis que no responda el eco de mi corazón al sonido misterioso y dulce que viene á estremecerlo con sus potentes vibraciones? Hasta en el Corazón mismo de Dios ejerce su imperio esta ley de reflexión moral: *Yo amo á los que me aman*<sup>3</sup>, dice el divino Amador en los Proverbios. El sonido refleja, volviendo otro sonido; el rayo refleja, formando otro rayo: y el amor, rayo y sonido para el corazón, ¿no ha de reflejar otro amor?

11. Ahora bien, cristianos; decidme vosotros que lo sois más que de profesión, de convicción y afecto: el Corazón de Jesucristo, nuestro Salvador, nuestro Amigo, nuestro Padre, nuestro Todo, ¿no es un foco ardentísimo de amor? ¿no está ardiendo, sin consumirse jamás, en vivas llamas de infinita caridad? He aquí lo

<sup>1</sup> S. Aug., tr. 6 in Io.<sup>2</sup> Ibid.<sup>3</sup> Prov. 8, 17.

que debe formar el día de hoy la principal ocupación de nuestras almas al pie de Jesús sacramentado, pues celebrando el triunfo del amor, personificado en el divino Corazón, no podemos hacerlo mejor que amando y derritiéndonos de ternura, como el inocente Juan, como la penitente Magdalena, como la extática virgen Margarita María, como tantas almas encendidas en afectos apostólicos.... *Quantum possunus, anemus, redamemus, amplexamur Vulneratum*, exhortanos el devotísimo Bernardo<sup>1</sup>; y, para ablandar nuestro corazón hartado para esta clase de afectos sobrenaturales, cuando suele ser tan blando y ardoroso para los terrenos, detengámonos por algunos momentos á ponderar los caracteres del amor de Jesús.

12. ¿No es generoso hasta el sacrificio? ¿no es tierno hasta la compasión? Y la generosidad y la ternura ¿son otra cosa, en el fondo, que dos manifestaciones, dos formas de un mismo afecto noble y ardiente, el amor? *El amor*, si es genuino y verdadero, dice el Padre San Gregorio, *es obrador de grandes cosas*<sup>2</sup>, generoso y magnánimo; y la Esposa de los Cantares dice que *el amor es fuerte como la muerte*, es invencible<sup>3</sup>. Por otra parte el amor es tierno y blando, tierno como el corazón de un niño, blando como la sonrisa de una madre. *Charitas benigna est*<sup>4</sup>. ¿No lo expresa admirablemente la figura encantadora del Niño Dios, ó de Dios tornado niño por obra del amor? Difícil es hallar tipos completos del perfecto amor en la esfera de lo natural, tipos que realicen las dos condiciones del amor her-

<sup>1</sup> *S. Bern.*, In offic. SS. Cord. Iesu lect. 6.

<sup>2</sup> Amor, ubi est, magna operatur.

<sup>3</sup> Cant. 8, 6.

<sup>4</sup> 1 Cor. 13, 4.

moso, magnanimidad y ternura. La figura del padre parece siempre demasiado grande, demasiado majestuosa para adaptarla á las tiernas exigencias del cariño. La figura de la madre lo es de la abnegación, en mil lances sublime, pero de ordinario reducida á una esfera de cosas pequeñas, á los detalles de la vida doméstica. Jesús es padre y madre de la humanidad: su Corazón reúne á la grandeza del padre que da la vida por sus hijos, la ternura de la madre que los lleva en su regazo<sup>1</sup> y los alimenta con su propia sangre. El padre suda y afana por arrancar á la tierra el pan que lleva á sus hijos, como trofeo de victoria y fruto glorioso de su esfuerzo: la madre toma ese pan y le da regalado sabor con la dulzura de su afecto, repartiéndolo entre los pedazos de sus entrañas, si ya no lo convierte en alimento más dulce y sabroso, trasformándolo en su misma substancia para alimentar al pequeñuelo que cuelga de su pecho. Así Jesús, sudando sangre sobre la maldecida tierra en el Huerto de Getsemaní, triunfando del pecado y de la muerte en brazos de la Cruz, y arrancando al cielo el rocío de la gracia para darnos pan de vida<sup>2</sup>, de vida celestial, repártelo en seguida él mismo en la mesa de la Eucaristía con aquellos dedos que destilan miel, y nos da á gustar el vino que nos ha preparado<sup>3</sup>. ¡Cuánta magnanimidad en el Calvario! ¡Cuánta dulzura en el altar! ¿*Quis non amantem redamet?*<sup>4</sup> ¿Quién no se dejará vencer por el amor del Corazón de Jesús?

<sup>1</sup> Qui portamini a meo utero (Is. 46, 3). Tanquam si nutrix fovet filios suos (1 Thess. 2, 7).

<sup>2</sup> Ego sum panis vitæ (Io. 6, 35).

<sup>3</sup> Bibite vinum quod miscui vobis (Prov. 9, 5).

<sup>4</sup> Eccl. in offic. SS. Cord. Iesu.

## III.

13. ¡Dichosas llamas que llegarían á purificar el nuestro, haciéndole semejante al del divino Salvador! Porque el amor, hermanos míos, tiende á producir la semejanza más perfecta, hasta la identidad, y ésta misma es el objeto y término de la imitación. De donde resulta que el amor á Jesucristo no puede menos de estimularnos á copiar en nosotros sus admirables perfecciones, á imitar las virtudes que atesora su Corazón santísimo. Y no es otro el vehemente anhelo de la Iglesia, al proponernos este culto, que hacer nuestro corazón lo más semejante al de Jesús; ni otra es la aspiración del mismo adorable Maestro, cuando nos invita á aprender de él á ser mansos y humildes de corazón: *Discite a me...*<sup>1</sup> ¡Oh, si modeláramos nuestro corazón por el de Jesús! ¡Oh, si al menos reflejara sobre el nuestro algún rayo de la santidad de aquél! Pongamos hoy la mano sobre nuestro corazón, y le hallaremos enfermo, débil, agobiado de miserias.... Es porque rehusamos acercarlo al de Jesús, porque no correspondemos á su amoroso llamamiento: *¡Venid á mí! venid los que estáis trabajados y gemís bajo el peso de la desventura, que Yo os recrearé: yo daré alivio á vuestro corazón*<sup>2</sup>.

14. Tres males gravísimos suelen affigir al pobre corazón humano, tres vicios que no le dejan ser feliz, por más que suspire por la felicidad, que es su sueño, y debería ser también su patrimonio. Tres males, hermanos míos, que sólo pueden hallar remedio en el contacto del sagrado Corazón de Jesús. Helos aquí: el vacío, la opleción, la corrupción. Vanamente forcejamos

<sup>1</sup> Matth. 11, 29.<sup>2</sup> Matth. 11, 28.

por llenar con bienes de la tierra, perecederos y menguados, una cavidad inmensa, como la del corazón capaz del sumo Bien. ¡Ah! no sentiremos jamás la plenitud que no pueden darnos las criaturas; sentiremos más bien el hondo vacío, tan aborrecido por la naturaleza racional como por la física<sup>1</sup>. De ahí ese suspirar continuo en nuestra vida; de ahí ese respirar con opresión; de ahí ese languidecer moralmente con desfallecimientos mortales. ¡Ay! para tantos corazones la vida no es vida, es agonía lenta y espantosa: es la esperanza siempre fallida, es la sombra sin cuerpo, es el sueño evaporado al despertar.... Tales son, hermanos míos, las amargas consecuencias de la ambición, de la codicia y de la sensualidad, que devoran y envenenan tantas almas alucinadas con la vana esperanza de hallar la satisfacción de su sed de gozar en las honras, riquezas y placeres, que, ó no consiguen jamás ó, conseguidos, no les dejan más que el triste derecho de exclamar desengañados: *Ecce universa vanitas, et afflictio spiritus!*<sup>2</sup> Síguese, pues, al vacío la falsa llenura, la opleción, porque el corazón anda enfermo y no puede funcionar debidamente: ahógale su misma sangre cuando afluye, y además de ese interno malestar orgánico, desgánale con mil suertes de heridas las agudas espinas de los falsos bienes en que cifró su dicha<sup>3</sup>. ¿Qué puede resultar de esa enfermedad moral, de ese desorden, sino la corrupción, la extinción de la vida? ¡Ah! la muerte espiritual: ved ahí la terrible situación á que se encuentran reducidas tantas almas, por vivir alejadas del foco de vida que es Cristo, de la fuente de gracia que tiene

<sup>1</sup> Natura horret vacuum.<sup>2</sup> Eccli. 1, 14.<sup>3</sup> Spinæ suffocaverunt illud (Marc. 4, 7).

abierta en su Corazón: *Omnes sitientes venite ad aquas!*<sup>1</sup> *Si alguno tiene sed, venga á mí, que yo le daré de beber*<sup>2</sup>. Como *secas raíces enterradas en suelo sediento*<sup>3</sup>, así veo á tantos desgraciados llevar el corazón seco y marchito porque lo alimentaron de aspiraciones terrenas. La sensualidad torpe y degradante no puede dar sino tósigo de muerte al corazón: la codicia de atesorar riquezas para proporcionarse goces sobre goces, no produce sino el endurecimiento y la corrupción: corazones dominados por la pasión del goce material, están corrompidos y muertos.

15. Pero Cristo, *Resurrección y Vida*<sup>4</sup>, puede aún vivificarlos acercándolos á su Corazón, haciéndoles sentir el fuego de su caridad, punzándolos con sus espinas y sujetándolos al yugo de su cruz. Llamas, corona de espinas y cruz, tales son las misteriosas insignias de que ha querido aparecer adornado el sagrado Corazón. Caridad, mortificación, vida sobrenatural y cristiana: tales son los únicos remedios eficaces para curar las míseras dolencias del moribundo corazón humano. Es preciso comprenderlo así, cristianos, Apóstoles de la Oración. La caridad, fuego divino, inflamándonos en el amor y deseo de los verdaderos bienes, de la gracia y de la gloria eterna, nos hará menospreciar los aparentes y corruptores bienes de la tierra, llenando así el vacío con la verdadera plenitud: la ley saludable y benéfica de la mortificación, cual corona de espinas, encerrará nuestro corazón en los estrechos límites de un uso moderado y legítimo de los bienes de la vida presente, no cifrando en la mayor suma de goces la felicidad suprema de la

<sup>1</sup> Is. 55, 1.<sup>2</sup> Io. 7, 37.<sup>3</sup> Is. 53, 9.<sup>4</sup> Io. 11, 25.

vida: la cruz, en fin, como símbolo de vida sobrenatural, de vida eterna, preservará nuestros corazones del veneno mortífero de la corrupción. Ya veo, hermanos míos, reflorar vigorosos y sanos al contacto del Corazón vivificante de Jesús millares de enfermos y casi desahuciados corazones. ¡Quiera Dios que tal sea el fruto de este bendito Apostolado!

16. El mundo empieza ya á sentir los vitales efluvios del Corazón del Redentor. Va sintiendo correr por sus venas nueva sangre, y dilatársele el corazón. La vida sobrenatural afluye, la moral recobra su feliz imperio, la devoción al sagrado Corazón de Jesús va produciendo en todas partes copiosos frutos de virtudes. Dígalo Colombia, bendecida especialmente por el divino Corazón: díganlo esos millares de fieles inscritos en los registros del Apostolado de la Oración, deudores á la eficacia de sencillas y piadosas prácticas, de la paz del corazón, la pureza de la conciencia, la regularidad de la vida, la concordia del hogar doméstico, el acrecentamiento de todas las virtudes, de un cúmulo, en fin, de bienes espirituales y aun temporales. Todo lo deben á la bondad inagotable del dulcísimo y amabilísimo Corazón de Jesús. Permanezcamos ante él todo el tiempo posible en muda y extática adoración; amémosle con toda la efusión de nuestra alma, y pidámosle la gracia de imitarle, para que nuestro corazón y el suyo no sean más que un solo corazón en el tiempo y en la eternidad. Así sea.